

un pueblo celoso de sus tradiciones guardaba la historia de una civilización ya extinguida, cuyos exponentes son los monumentos hallados en San Agustín y La Plata y otros muchos puntos.

Con la fundación de Santa Fe de Bogotá en 1538, que marca el epílogo de la Conquista, queda de hecho sustituido el Gobierno de los Zipas por el de los representantes de Fernando y se inicia la era de la Colonia que abarca 260 años durante los cuales vemos desfilar la serie de gobernantes que la historia justiciera señala, ora como ludibrio de su raza, por que no supieron ó no quisieron hacer la felicidad de sus vasallos, ya como sus benefactores, unos pocos ejemplares, que por sus virtudes se hicieron acreedores a la gratitud de sus contemporáneos y de las generaciones futuras.

Entre estos últimos están en primera línea los fundadores de las Ciudades que hoy son el ornato de nuestro territorio; luego los que importaron las distintas clases de animales domésticos que son auxiliares del hombre y que constituyen parte de su riqueza, así como los que trasplantaron a los ubérrimos valles y sabanas los cultivos de los cereales del viejo Continente.

Viene luego Andrés Venero de Leiva, cuyos diez años de benéfica labor se llama EL SIGLO DE ORO DE LA COLONIA por que inició la navegación del Magdalena por chamanes, abrió caminos, fundó escuelas, implantó la recta administración de justicia y dictó sabias medidas para fomentar el comercio.

Y no se olvidarán los nombres de Fray Cristóbal de Torres y Bartolomé Lobo Guerrero, que dotaron a la Capital de los institutos docentes del Colegio mayor del Rosario y de San Bartolomé, de cuyos claustros surgió la mentalidad que dió en tierra con la dominación española en la Nueva Granada y

afecto que nunca pude dar a conocer sino con miradas. Mi marido al día siguiente de casados, marchó en el otro cuerpo que salió para el Norte el mismo día que se fué usted, y a poco tiempo murió de una fiebre en el puerto de los Cachos, dejándome en libertad para dedicarme al único pensamiento que me acompañaba. Muchos quisieron casarse después conmigo, pero yo hice propósito de no unirme a nadie, ya que había perdido lo único que había amado en mi vida. Esta carta la encontré entre los papeles de mi mamá después que ella murió y la he conservado como única reliquia suya. Y, cosa rara! creerá usted que jamás perdí la esperanza de verlo?

Ahora mi amigo don Eugenio, tengo muchísimo gusto en convidarlo a las bodas; pues sabrá que me nombran padrino.

Cuando y dónde serán, es cosa que todavía no sé.

FIN

que en la época de la República produjo ilustres hijos a la Patria.

Y ocupará lugar preferente para los moradores del Llano el nombre de José Solís Folch de Cardona que emprendió la apertura del camino, que coronando las crestas de la cordillera, debía bajar de la altiplanicie andina a las ardientes pampas de la región oriental.

Si desde que fulgió el martillo de Fredemán en los cascos de sus corceles, ahuyentando despa- voridos a la selva vecina a los tímidos pobladores de San Juan de Arama, hasta la hora en que sonó el primer disparo en estas apartadas soledades, para reivindicar los fueros de un pueblo oprimido, los mandatarios peninsulares hubieran sido de la talla de los anteriormente enunciados; si los puertos de las Colonias españolas hubiesen estado libres al Comercio del orbe, de modo que el intercambio de los productos naturales de estas ricas comarcas con los de la metrópoli y otros países se hubiese ejercido sin trabas ni restricciones; si en cambio de los tributos abrumadores y onerosos deberes se les hubieran otorgado las correlativas garantías a que tenían derecho sus habitantes como seres racionales; en una palabra, si las colonias hubieran sido miradas como partes integrantes de la madre Patria y sus hijos de uno y otro lado del Mar, como de igual a igual, a estilo de los colonos ingleses y franceses, el estado de los países sojuzgados por la Iberia sería floreciente, como el de la Gran República de Norte América, que cuando salió de la patria potestad ya tenía elementos de vida y contaba en su recinto con instituciones que acrecentarían su poderío con el andar de los siglos.

A abrir el dique de ese destancamiento y hacer circular la savia que generosa bullía en las arterias de los ilotas hijos de la América española se dirigieron los esfuerzos de aquel que coronó la gloria en el grandioso templo de la inmortalidad porque en mil épicos combates y cinco grandes batallas supo vincular su nombre a la existencia de cinco naciones que su numen creador hizo emerger al brillo de su espada vengadora: SIMÓN BOLÍVAR.

Porque transportado a extranjeras playas su espíritu vidente comparó y halló que la balanza de la justicia, no era ecuánime para sus desgraciados compatriotas y en alas del entusiasmo voló a donde gemía la humanidad, contó sus huesos, pónese a la cabeza y tras inauditas proezas rompe primero en Boyacá el cetro secular de los reyes, y de triunfo en triunfo clara sus pendones gloriosos en la cumbre de donde fuera desalojada 3 siglos antes la dinastía de Manco Capac.

Aparece ante el mundo la Gran Colombia, que las naciones civili-

zadas reconocen, émulas de su abolengo y de su gloria. Pero sus hijos ya desvinculados la disuelven y por todo un centenar de años se dan a la bisantina labor de hacer constituciones y provocar revueltas, descuidando la prosperidad industrial y comercial y lo que es más, este girón surgido al calor de Boyacá, lo dejan sin froteras.

Si no queremos perder del todo el legado de los que se sacrificaron por nuestro bienestar, aún es tiempo de reflexionar y haciendo un esfuerzo supremo como el hijo prodigo de la parábola bíblica, incorpóremonos y digámonos al Padre de la Patria: «He pecado contra ti y contra el Cielo; no merezco llamarme hijo tuyo.» Y él, que nos observa en su apoteosis, nos otorgará el perdón.

Y ya reconciliados con él, entreguémonos a la reparadora obra de trabajar por la cultura, el adelanto de este rincón que nos tocó en suerte ya que de la mejora de las partes se obtiene la del todo. Fomentemos estos torneos de la civilización; que la exposición agrícola é industrial de nuestros productos se haga anualmente procurando su ensanche y perfección. No olvidemos que las ciudades civilizadas, merced a estos concursos es como han llegado a entumecer en las artes y las letras, en la industria y el comercio, por ser el medio más eficaz de aguijonear el estímulo creador.

Aportemos nuestro óbolo con ánimo creciente al Museo Guíot, como que él simboliza un recuerdo a nuestros ilustres patricios, por ser inaugurado en esta fecha clásica, y a la vez va vinculado al nombre del venerable Prelado ausente de este recinto, pero que a su regreso sabrá apreciar el presente que le hacen sus abnegados cuanto inteligentes colaboradores y los feligreses que en su confección han tomado parte.

Bien se comprende que el Museo en esta urbe, Capital del Territorio Nacional del Meta, marca un adelanto de sus hijos como que es la resultante de sus patrióticos deseos de poner en la portada un catálogo de sus riquezas naturales, donde propios y extraños adquieran objetivamente una enseñanza provechosa y anticipada de cuanto encierra esta región.

Señores: Como pobladores del Llano vuestro deber es no dejarnos rezagar, pues vuestro corazón debe latir para aspirar la inmensidad ya que vuestro horizonte espléndidamente hermoso os debe abrir el anchuroso campo para ejercer vuestras, múltiples actividades. Vuestro origen data de la aurora que precedió a Boyacá; ligados estáis a los Centauros indomables de Juan Galea, los Almeidas, Nanto Pérez, Serviez, Páez y Santander en cuyos aceros formidables se conservó la chispa cuando trágicamente se oscureció en los